

ESPAÑA

8-196

1923

Madrid, 24 de marzo.

Año IX.—Núm. 362.

SEMENARIO DE LA VIDA NACIONAL

SUMARIO

Altísima mendiguez, por Miguel de Unamuno. - La expectativa electoral (Editorial).
Cartas francesas, por Corpus Barga. - Capricho, por Ramón Gómez de la Serna. - Escenas de la guerra en Marruecos, por Ramón Armada Quiroga. - Cataluña, por Salvador Albert. - Scherzo de Primavera en España, por Luis Inglott. - La Semana Teatral, por E. Díez-Canedo. - La inmoralidad y la Iglesia, por Manuel Chaves Nogales. - La generación unipersonal de Gómez de la Serna, por M. Fernández Almagro. - El triunfo de Mustafá Kemal, por Camilo Barcia. - Libros. - Liga de los Derechos del Hombre.

ALTÍSIMA MENDIGUEZ

Tenemos que comentar un suceso a que se refería en estas mismas columnas Araquistain en el número del 10 de este marzo—artículo «Aquí no abdica nadie»—y *El Sol* en un editorial del día 6 titulado «Hay que saber pedir». El suceso es la marcha a la Argentina del doctor Vila San Juan, enviado por el marqués de Comillas y el conde de Güell para recabar de la colonia española de aquella República el que contribuya a la decoración de varias salas del palacio que en Barcelona van a regalar al rey los dinásticos de Cataluña.

No es cosa de dinero, no. No es, según nos parece, que, como insinúa Araquistain, esos dos próceres—pase por lo de próceres, ya que esta voz ha perdido su significación propia, al rebajarla a la heráldica—traten de que los buenos emigrantes españoles de la Argentina les ahorren gastos. No, no es eso. Se trata, a nuestro entender, de provocar una especie de plebiscito, una suscripción popular, de medir el grado y la extensión del dinastismo de la colonia española de orillas del Plata.

Hace tiempo que menudean estos tanteos de parte de la Corona, que, díganle lo que le dijeren los cortesanos que la rodean, ciñen y aíslan, no se siente muy segura de la adhesión del pueblo. De tiempo en tiempo se inventa alguna especie de homenaje popular, algún agasajo, alguna suscripción, y los buenos catadores de estas cosas se percatan al punto del marramiento.

«La pretensión de los dos nobles españoles—dice *El Sol*—ha producido un efecto desconcertante. Por el pronto, la más elevada y prestigiosa Asociación española, el Hospital Español, ha dado su negativa oficial a los requerimientos del Dr. Vila San Juan.» Y no por el dinero, no, añadimos nosotros, sino porque no había porqué ese

Hospital hiciera un acto de adhesión dinástica a la Corona. Es español y basta.

Todos los esfuerzos del embajador del Reino—no de la Nación—de España en la República Argentina no logran esa especie de plebiscito declaratorio de que la colonia española de allí sea monárquica y dinástica. Como no les sirve la campaña de engaños que allí se hace. Hay quienes saben romper su red de embustes.

El Embajador del Reino de España en la Argentina que estaba en Madrid y al habla con el monarca precisamente en el tiempo en que fué llamado por éste—y a responder—el que esto escribe, sabe a que atenerse. Y hasta tendría noticia de cierto album con miles de firmas—de los principales centros de cultura de aquella República—que recibió a fines de 1920 Miguel de Unamuno y en que se protestaba contra un «fallo anacrónico e injusto» arrancado a los Tribunales por muy altas—y en otro sentido muy bajas—presiones. Album que era un plebiscito.

De los manejos de la rastrera cortesanía española para fraguar en Suramérica un ambiente de simpatía a la Corona del Reino de España sabemos bastante. Y de los enviados a preparar aquel ambiente y de los turiferarios. Pero todo en vano.

Y no es sólo allí. También aquí se solicita de continuo a la opinión pública, también aquí hay el ansia de conocer el sentimiento popular respecto al Trono. Y se acude a donde puedan sonar unos aplausos, y hasta se mendiga—así, se mendiga—una señal de adhesión.

Decía *El Sol* que «la negativa de la colonia de Buenos Aires y los comentarios que hace en torno a este asunto no afectan de cerca ni de lejos a la personalidad del jefe del Estado. Bueno es consignarlo así—añade—para atenuar en parte la lijereza del marqués de Comillas y del

conde de Güell; afecta nada más a estos señores y a nuestro embajador en la República Argentina.» Pues bien, no; no es así como *El Sol* decía. Y lo podemos asegurar. Los comentarios afectan a la personalidad de ese jefe y allí los avisados creen que la lijereza de esos dos cortesanos y del otro, de su embajador—no nuestro, sino suyo, de él, del Reino—es una lijereza delegada, es otro acto de pordiosería de adhesión.

El Sol terminaba pidiendo al Gobierno que recomiende al embajador del Reino en la Argentina «mayor cautela en el porvenir.» Buena falta les hace; a él y a su representado. Cautela y menos mendiguez.

Ahora vendría al pelo decir algo de la campaña de prensa que allí se lleva y de lo torpemente que la llevan. Por mucho que hagan la podredumbre moral de esta tras-Regencia, el hedor de su frivolidad corrompida trasciende más allá del Oceano.

MIGUEL DE UNAMUNO.



LA ESPECTATIVA ELECTORAL

En vísperas de disolución de Cortes, las contiendas públicas de los partidos se acallán. Si fuesen a buscar votos delante del pueblo, la propaganda electoral elevaría al máximo la tensión política. Nunca como en estas semanas precedentes a la elección debieran aparecer en pugna las ideas, ni más distintos los hombres que las representan. Lo contrario sucede. En España, en cuanto el Gobierno convoca a Cortes, todos los políticos del régimen y algunos de los que bracean extramuros de la Constitución, se parecen como una castaña a otra. Todos se visten de piel de zorro. Antes que soltar prendas comprometedoras, se dejarían arrancar la lengua. Diríase que las cuestiones nacionales más graves se han resuelto. ¿Quién habla de Marruecos? ¿Quién de Cataluña y del terrorismo? ¿Quién de la situación del fisco? La vida del ministerio suele estar a salvo de ataques exteriores, de movimientos ofensivos de gran estilo, mientras empuña la guadaña electorera y puede segar las huestes parlamentarias de los jefes de grupo. La sinrazón de este fenómeno es conocida: los votos están, para la mayoría, en el ministerio de la Gobernación y en las arcas de los Bancos. Para convencer al gran elector de la Puerta del Sol, mejor es el recato que la publicidad; para tantear la virtud de los secretarios de Ayuntamiento, o ganarse al votante codicioso, que está, como las monjas del cuento, esperando que vayan a violarlo, es decir, a corromperlo, basta el regateo a escondidas, en la propia guarida del cacique, o la subasta callejera, al borde de las urnas, que tiemblan por la integridad de sus cristales. Todos callan, pues, hasta que salga el premio gordo. Se agitan únicamente los desahuciados, o los «chantagistas», que fían en la virtud del escándalo para ver de sacar algo.

Pero la tranquilidad del Gobierno es aparente no más. Con aires de gran señor que reparte mercedes, escucha a los postulantes, otorga, compensa, promete... y como el caudal es limitado y los pedigüños cargan, se ve obligado, en último extremo, a usar trazas de pobre, y de pobre tramposo. Apuro general de todos los ministerios, más grave en

el ministerio concentrado, porque todos sus grupos, mirándose de reojo, están a ver quién se lleva el mayor pedazo del pastel. Creemos saber que el presidente del Consejo, que no es «hombre de lucha», como suelen decir, daría algo bueno, y un yerno o un sobrino de añadidura, porque a estas horas hubiese ya pasado el atraganto electoral. Tiene dentro de casa los enemigos más recios, los más temibles. El marqués cuenta con la mayoría de la mayoría: su hueste democrática será el grueso del ejército liberal. Pero lo difícil, si no imposible, es acomodar las alas y los cuerpos auxiliares. El aliado más peligroso es el conde de Romanones. El ilustre prócer hizo todo lo posible para que la concentración liberal no llegase al Poder. Cuando vió que habría ministerio sin su cooperación personal, se metió dentro, y desde dentro hará todo lo imaginable para que la concentración fracase. Sus parientes, amigos y paniaguados, propalan, como obediendo a una consigna, que no habrá elecciones, o que las presidirá el propio conde; que se «avecinan graves sucesos políticos»; y emplea sus múltiples habilidades en comprometer la elección de los candidatos de otros grupos ministeriales. El conde de Romanones, puesto que el ministerio llegue intacto al día del escrutinio, quiere poseer el núcleo más poderoso después del de Alhucemas, ser el árbitro de la mayoría, por donde la política liberal sufrirá, cuando sea preciso, el frenazo maurista. La izquierda liberal, o grupo del Sr. Alba, parece más disciplinada, más fiel al interés común de la concentración, y es posible que por aversión al conde de Romanones se apiñe sólidamente en torno del ministerio. A no ser que al Sr. Alba le derroten en Zamora, y se enfade, y «riepite», como el Cid, a las aves de los cielos y a los peces de los ríos... Lo más chusco de cuanto sucede entre bastidores es la rivalidad del Sr. Gasset y del Sr. Alcalá Zamora. El Sr. Gasset quiere traer dos diputados más que D. Niceto. D. Niceto, «cuya personalidad se agranda día por día», según proclama el interesado, quiere traer dos diputados más que el Sr. Gasset. Insoluble problema. El Sr. Gasset, para engrosar sus huestes, quisiera que algunos candidatos liberales, sin abandonar la filiación con que se les conoce, adoptaran un matiz verdoso, y se llamaran agrarios. El Sr. Alcalá Zamora, por acaparar actas, se presenta diputado por todas partes, aunque sea contra el candidato del Gobierno, como en Villena, y sufre las persecuciones que le caben a un candidato de oposición: así le han suspendido en Villena seis Ayuntamientos... ¿Y los reformistas, flamante cuerpo auxiliar, bisoño, nuevecito? ¡Los pobres, habituados a la escasez, se hubieran contentado con muy poco! Representan el papel del vergonzoso en Palacio. No se atreven a levantar la voz. No dan disgustos al Gobierno. Toman lo que les dan. Nunca han sentido «ansias de Poder». Su jefe, hábil político como buen asturiano, asegura que no le importa la cantidad sino la calidad de su grupo. Créese que entre pedagogos y asturianos saldrán veintiún reformistas. De suerte, que los romanonistas serán los Setenta Intérpretes de la Biblia liberal; y los reformistas los Siete Sabios de Grecia... multiplicados por tres, que no sabemos si es número primo.

En condiciones tales se confecciona la Cámara llamada a exigir las responsabilidades y a reformar la Constitución. ¡Cielos! Todo esto parará en lo que paran las cosas en España: en que suba Cierva. Y si no, al tiempo.

